

POLO, Leonardo, *Nietzsche como pensador de dualidades*. Pamplona: Eunsa, 2005, 323 páginas. Prólogo de Ángel Luis González.

POSADA, Jorge Mario, *Voluntad de poder y poder de la voluntad. Una glosa a la propuesta antropológica de Polo a la vista de la averiguación nietzscheana*. Pamplona: Universidad de Navarra, 2004; 80 páginas.

D. Leonardo Polo acaba de publicar su último libro: *Nietzsche como pensador de dualidades*. Lo diferencial de este libro respecto de los últimos de Polo que están siendo publicados es que no se reduce a la mera transcripción de cursos impartidos hace algunos años, sino que a este libro Polo ha dedicado su expresa atención desde que acabara la redacción de su *Antropología trascendental II* de 2003. Ciertamente, su base son tres cursos impartidos por Polo: uno en Perú sobre *Así habló Zaratustra* en 1988, otro en México sobre el *Ecce homo* en 1993, y el último en Pamplona sobre *Nietzsche* en 1995. Pero es notable la diferencia entre el contenido del libro y el de esos cursos que le sirvieron de base.

Con este libro sobre Nietzsche Polo salda, en cierto modo, una deuda histórica: puesto que ya en el prólogo de su libro *Hegel y el posthegelianismo* Polo confesaba haber omitido en ese libro el tratamiento de Nietzsche; porque sobre este autor tenía previsto otro libro, que ahora finalmente ve la luz.

En mi opinión éste es un libro sorprendente. Aun considerando esto último que acabamos de decir, llama la atención de entrada que Polo se aparte relativamente del desarrollo de su línea teórica y se decida a escribir un libro de historia de la filosofía; y el que ese libro esté dedicado a un pensador como Nietzsche, tan en las antípodas de la filosofía poliana. El interés actual por este pensador no es ajeno a esta decisión de Polo. En segundo lugar sorprende, para los que conocemos el modo de proceder de Polo en otras obras -más atento a las ideas que a los textos-, que este libro esté tan bien documentado, a pie de página y en el cuerpo del texto: así en lo referente a las obras de Nietzsche (Polo maneja en particular *La gaya ciencia*, *Así habló Zaratustra* y los fragmentos póstumos de *La voluntad de poder*), como en la bibliografía secundaria (se alude a diversas interpretaciones de Nietzsche: en particular, y entre otras varias, a las formuladas por Fink, Heidegger y Jaspers). Sorprende, igualmente y por ejemplo, el hecho de que un libro sobre Nietzsche termine con una loa a la virgen María (p. 323). Como también sorprende que Polo presente en el título del libro a Nietzsche como un pensador de dualidades, cuando en el desarrollo del texto lo trata también, y acaso más, como un filósofo hermeneuta.

Más bien, y por lo que el mismo libro dice, parece que es Polo el pensador de dualidades (en la p. 36 Polo declara que ése es su planteamiento de la antropología). En buena parte, este libro se distingue de los cursos inéditos de los que se originó precisamente en esto: que a Polo se le ocurre finalmente interpretar a Nietzsche como pensador de dualidades, algunas de las cuales va mostrando y jerarquizando (salud-enfermedad, autor-obra, Dionisos-Apolo, etc.). Y en ese momento Polo descubre un punto de confrontación de Nietzsche con su propia filosofía: discutiendo con él en orden a desarrollar y precisar su propio pensamiento de la dualidad, particularmente en aquellas cuestiones afrontadas para terminar de perfilar su planteamiento trascendental de la antropología (especialmente la dualidad de los símbolos frente al conocimiento objetivo). No se si éste es un enfoque de Nietzsche enteramente *in recto*, o hasta cierto

punto un tanto oblicuo; inclinación que obedece en todo caso, según dice el autor, a interpretar *in melius* el pensamiento de Nietzsche.

El libro se estructura en nueve capítulos, que me permito agrupar en dos partes, cada una de las cuales ocupa la mitad del libro.

Los cuatro primeros capítulos exponen la conocida como hermenéutica de la sospecha (Marx, Nietzsche y Freud, a los que Polo añade Kierkegaard). Previa una presentación biográfica de Nietzsche (capítulo primero) que especialmente vincula su obra con su salud. Al establecer esta vinculación aflora una contraposición entre la metafísica del artista, que se realiza en su obra; y el rechazo a Nietzsche por parte de Lou Andreas Salomé, que discierne tajantemente autor y obra. Esta contraposición estaba mejor marcada en el curso sobre *Ecce homo* de 1993; el que ahora se haya mitigado, posiblemente se debe a que *aunque Lou Andreas dijera que es mejor la obra que el autor, la verdad es que el hombre vale más que sus obras* (p. 56).

La exposición de las hermenéuticas del siglo XIX ocupa, como digo, la primera mitad del libro (los capítulos segundo, tercero y cuarto). De Kierkegaard y Marx, Polo había escrito en ocasiones precedentes, por lo que resulta más novedosa en el libro la presentación de los conceptos claves del psicoanálisis freudiano. La hermenéutica nietzscheana, por su parte, es entendida como la *pars destruens* de su filosofía, y se analiza y discute como dirigida a la religión, la moral y el idealismo. Por lo demás, aunque se distingan y expongan por separado, todas estas hermenéuticas están muy bien entreveradas en el discurso poliano, con numerosas referencias mutuas entre ellas.

Los cinco últimos capítulos estudian la *pars construens* del pensamiento nietzscheano. Pero esto, a su vez, contraponiendo dos cuerpos doctrinales. Los capítulos quinto y octavo exponen las nociones que Polo considera centrales en su interpretación de Nietzsche; mientras que los capítulos sexto y séptimo son exposiciones de doctrinas polianas con las que parece querer confrontar la filosofía nietzscheana. Concretamente, en el capítulo sexto se expone la doctrina poliana sobre el conocimiento simbólico; y en el capítulo séptimo, su doctrina sobre los tipos de temporalidad y sobre las realidades que los sustentan. El último capítulo, el noveno, intersecciona estos dos cuerpos doctrinales para sentar un balance final sobre el vitalismo nietzscheano; alumbrando en él Polo la noción de límite ontológico de la persona -ninguna acción culmina a la persona, el hombre no puede autorrealizarse con su conducta, la plenitud del hombre no depende de él solo-, noción distinta de la de límite mental.

En cuanto a la interpretación poliana de Nietzsche se forja sobre las nociones de voluntad de poder y de eterno retorno, entendido en cuanto que conectado con aquélla (capítulo 5): voluntad de poder y eterno retorno se corresponden como esencia y existencia, al decir de Heidegger. Pero luego (capítulo 8), Polo persigue establecer con precisión un sentido ontológico –no sólo pragmático- del eterno retorno, que lo sitúa más allá de la voluntad de poder (p. 277). De acuerdo con este giro de la interpretación poliana, Dionisos y Apolo, además de en su relación mutua, se pueden considerar relativamente por separado (p. 279); lo que abre su dualidad a otra quizá superior, y más radical: Uranos-Gea, cielo y tierra (p. 287). En la interpretación poliana del eterno retorno destacan, entonces, las nociones de totalidad, ciertamente muy nietzscheana, eternidad y luz; mientras que decae un tanto la importancia de la voluntad de poder. Al margen de la omnitud de lo ente, la voluntad de poder se reduce a un sentido meramente psicológico-práctico. *Entre las posibles interpretaciones de Nietzsche*, dice Polo, *la que propongo en*

*este capítulo es, sin duda, aventurada; pero es a la vez la menos peyorativa y la que hace más difícil desmontar su filosofía* (p. 288).

El tema de los símbolos que Polo trata en el capítulo sexto, en cuanto que se entienden como pertenecientes al conocimiento habitual, mediadores entre el conocimiento intencional y su propuesto abandono del límite mental, es un descubrimiento muy tardío de Polo. Aparece en el volumen II de la *Antropología trascendental* con la expresa esperanza de que algunos de sus discípulos completaran la investigación que ahí se iniciaba o la orientaran en otra dirección. Pues en este libro sobre Nietzsche aparece ya un elenco completo de los símbolos ideales, las nociones claras de la experiencia intelectual y las noticias de la experiencia moral, el conocimiento por connaturalidad, de todos los cuales da Polo su explicación epistemológica. Convenía hacerlo al tratar de Nietzsche, por su rechazo del concepto y preferencia por la metáfora. Y al hacerlo así Polo consigue, en cambio, acercar su propia filosofía al pensamiento tradicional, evitando presentar su abandono del límite mental como una ruptura de la gnoseología clásica. Llamativo acercamiento de madurez a lo clásico, que lleva incluso a decir que *no es conveniente una investigación excesiva sobre la índole del método del abandono del límite* (nota 29, p. 227), por el peligro de incurrir en un planteamiento reflexivo. Cierto. Pero es de sobra conocido el engarce de la metodología poliana con la teoría clásica, aristotélica, del conocimiento; y con mayor razón debe ser afirmada la superioridad del abandono del límite sobre los símbolos, metáforas y analogías.

En las páginas 250-2, hablando de los tiempos físicos y de las realidades a las que remiten, Polo propone un tiempo previo al *Big-bang*, y paralelamente un universo –mejor sería decir un conglomerado material- anterior al mismo. Ello comporta, claro, que para Polo el *Big-bang* no es el comienzo del universo, sino más bien el comienzo de su ordenación; o que sí lo es, precisamente en tanto en cuanto la noción de universo implica ordenación. El movimiento circular no causa los términos hilemórficos, sino sólo los movimientos que los producen y transforman. Por eso cabe pensar en una precedencia de la materia sobre ese movimiento que es efecto del fin y que como tal la ordena.

Finalmente, algo que no puedo soslayar: que *para el cristianismo la música es una cosa altísima* (nota 40, p. 201). Me inclino ante el cristianismo, pero estimo que la música es una obra humana como otra cualquiera: no me parece la mejor ni paradigmática; y, habiendo palabras, ni siquiera la estimo el más agradable de los ruidos.

*Nietzsche como pensador de dualidades* no es la única obra de la que queremos dejar aquí constancia. Un discípulo de Polo, el colombiano Jorge Mario Posada, se ha anticipado al maestro escribiendo también otro ensayo sobre Nietzsche: *Voluntad de poder y poder de la voluntad. Una glosa a la propuesta antropológica de Polo a la vista de la averiguación nietzscheana* (Universidad de Navarra, Pamplona 2004; 80 pp.).

Este librito se divide en tres capítulos más o menos autónomos. El primero recoge abundantísimas citas de Nietzsche, preferentemente de los fragmentos póstumos, en orden a exponer, ordenar y glosar los que diríamos conceptos básicos de la filosofía nietzscheana: la voluntad de poder, la transvaloración de los valores y la muerte de Dios, el eterno retorno de lo mismo, etc. El segundo es una exposición, más poliana, de la voluntad humana y de alguna de sus características: su curvatura, su índole intelectual, su intención de otro, etc. En este tema, Jorge Mario Posada es realmente un experto. El tercer capítulo es conclusivo y procede a un diagnóstico, que viene a ser más o menos el siguiente: Nietzsche acierta al descubrir la curvatura de la voluntad, pero la aísla de su

intención heterorreferente; la voluntad nietzscheana se quiere sólo a sí misma, y el incremento de su poder. Pero de esa manera se aboca a la soledad del superhombre, y la voluntad pierde su índole intelectual y personal. La voluntad nietzscheana, en suma, se aísla de los demás, y de la verdad: y es así como es propia del superhombre.

El minucioso estudio de Jorge Mario Posada ha sido reseñado, y en cierto modo cuestionado, por otro poliano, Juan Fernando Sellés, en un artículo publicado en el último número de *Studia poliana* (Pamplona 7, 2005, 241-249): *¿Es curva la voluntad? Acotaciones sobre la hermenéutica nietzscheana*. En este trabajo no sólo se da cuenta, y pormenorizadamente, del libro de Jorge Mario Posada. Sino que, quizá desde una óptica más tradicional -desde el pensamiento tomista-, se cuestiona el sentido de la curvatura de la voluntad y el supuesto acierto nietzscheano al respecto. En concreto, y con objeciones ciertamente de peso, se discute la difícil articulación entre la curvatura del querer y su intención de otro, de alteridad; entre el bien como otro que el ser y el bien real, un trascendental convertible con el ser; entre la influencia final y la eficiente de la sindéresis intelectual en la voluntad; o se relativiza el valor de la hermenéutica nietzscheana, excesivamente crítica; y se cuestiona el carácter puramente natural o esencial de la voluntad, junto con algunas otras puntualizaciones muy oportunas del pensamiento poliano.

Por mi parte, entiendo que son dos las cuestiones que hay que tomar en consideración: la tesis nietzscheana, aceptada a su manera por Polo, sobre la curvatura de la voluntad, y la interpretación del pensamiento de Nietzsche que se vincula con dicha tesis.

En cuanto a la primera cuestión estimo que el tratamiento de la voluntad por parte de Jorge Mario Posada es demasiado técnico, complejo. La cuestión lo merece, desde luego; pero yo me atrevo a simplificar: nuclearmente, el tema se reduce, en mi opinión, a dos extremos:

- Primero, la prioridad del intelecto sobre la voluntad. Esa prioridad no se ciñe sólo al desarrollo racional del querer, como es usual conceder (Jorge Mario Posada habla en el libro, para explicarla, de la inteligencia que ilumina los fantasmas procedentes de la *estimativa en torno a lo ajeno u otro con respecto al propio organismo*, p. 52); sino que abarca también su consideración natural: como relación trascendental, como pura apertura a lo otro, como mera capacidad pasiva de bien. Precisamente porque de suyo es una capacidad puramente pasiva, la voluntad demanda constituirse como la potencia que es: su poder debe activarse; y para dicha activación hay que señalar la precedencia intelectual; más exactamente la de la sindéresis: el hábito de los primeros principios prácticos. El objeto de la sindéresis, el primer principio de la razón práctica, la tradición lo formula así: haz el bien y evita el mal; bastaría lo primero: se conoce el bien y hay que perseguirlo. Pero tal es la índole misma de la voluntad, que es preciso descubrir para activarla. El *simplex velle* es, pues, suscitado por la sindéresis cuando ilumina la verdad de la voluntad, antecediendo así a su primera volición.

- En segundo lugar, como todo el desarrollo racional del querer repercute sobre la potencia volitiva, generando sus hábitos, la curvatura de la voluntad se extiende desde su inicio a todo su operar, tal que al querer el querer se potencia. Y si inicialmente se quería ejercer, cada vez se quiere más: se quiere más querer, o se quiere querer más. Lo cual también es lógico: cuanto más y mejor bien aspiremos a

alcanzar, más intensamente o con mayores recursos habrá que quererlo a fin de lograrlo. Pero la intensificación del querer no sólo potencia la voluntad y la dirige hacia mejores bienes o más intensos fines, sino que acentúa también la alteridad que es su intención propia. Así el querer se abre finalmente a lo otro, a la correspondencia ajena. Esta observación es, claramente, desconsiderada por Nietzsche, para quien la voluntad se quiere a sí misma –no lo otro-, y *antes quiere la nada que no querer*, como lo dice para terminar la *Genealogía de la moral*.

Considerar que en la interpretación nietzscheana de la voluntad hay algún descubrimiento interesante, en especial respecto de su índole natural, ha movido, también a los polianos, a interesarse por el pensamiento de Nietzsche.

En último término, tenemos la interpretación heideggeriana de Nietzsche como el último gran metafísico, un tanto desacreditada entre los nietzscheanos actuales como demasiado teórica y ontológica, y acaso fruto de la mala fe (Derrida). Para Heidegger la filosofía de Nietzsche se refiere *al modo como existe lo existente en su conjunto, cuya "essentia" es la voluntad de poder, y su "existentia" el eterno retorno de lo mismo (Nietzsche's Wort "Gott ist tot", en Holzwege, Gesamtausgabe 5, 237-8)*.

Pero la voluntad de poder más parece una contestación a la excesiva prevalencia de la voluntad racional en el subjetivismo y racionalismo modernos, que una doctrina metafísica sobre la esencia de lo real. Si con frecuencia se ha objetado a la filosofía moderna el ejercicio de una libertad desgajada de la naturaleza, hasta el punto de que se ha cifrado en esa escisión la quintaesencia del voluntarismo (ALVIRA, T.: *Naturaleza y libertad*. Eunsa, Pamplona 1985, p. 145), Nietzsche nos ilustra en sentido contrario y propone un voluntarismo de distinto corte. En este contexto el pensamiento de Nietzsche no es metafísico, sino antropológico.

Siempre he pensado que Nietzsche es más antropólogo que metafísico: y entonces quizás sí, un pensador de dualidades, que son algo muy humano. Como muy humana es la dinámica de la voluntad, que entiendo articulada según Nietzsche en tres momentos. La voluntad de poder es una réplica a Schopenhauer en el seno de la consideración de la voluntad como naturaleza: no es voluntad de muerte, de renuncia al deseo para evitar el dolor, sino de poder, activa y vitalizante: que se ama a sí misma. La transvaloración de los valores hasta la muerte de Dios y la hermenéutica de los motivos conducente a un perspectivismo -que, en realidad, no respeta su verdad-, se ajustan bien al modo de ver Nietzsche el desarrollo racional del querer, hiperbólico en el subjetivismo moderno; y permiten a Nietzsche rechazar decididamente la moderna noción de sujeto como origen de la acción (PARMEGGIANI, M.: *Perspectivismo y subjetividad en Nietzsche*. Analecta malacitana, Málaga 2002). El deseo natural no precisa de su racionalización, que resulta al fin y a la postre ficticia: una gran mentira. Finalmente, el eterno retorno de lo mismo, y su aceptación por parte del superhombre, vienen a soldar ambas dimensiones de la voluntad humana en el instante presente de su curso temporal –mejor que como existencia de una esencia-, y de un modo completamente inmanente.

Es el sentido pragmático del eterno retorno que Polo señala en su libro; el sentido ontológico que también señala, para entender favorablemente a Nietzsche, reconduce su pensamiento hacia los presocráticos: una metafísica muy primitiva, parmenídea en su afirmación del instante actual como en su negación de la pluralidad y la variación, y que se corresponde con un universo de escasa organización, circular; algo así rezaba el diagnóstico de Polo.

Dejemos a un lado la metafísica nietzscheana; en todo caso, consideremos su antropología en los términos expuestos: prioridad de la voluntad natural sobre su desarrollo racional. No estar de acuerdo con su escisión, que obliga a optar entre ambos sentidos de la voluntad, no me impide comprenderla así.

Juan A. García González